

APÉNDICE.

IDEALISMO Y POSITIVISMO.

I.

Al final del discurso leído en la Universidad de Salamanca, en el acto de inaugurarse allá el curso académico de 1880 á 1881, por el catedrático de Metafísica de aquella escuela D. Mariano Arés y Sanz, pidió este profesor que se le tolerase su doctrina, ó como él dice su «pensar,» añadiendo que esta tolerancia que reclamaba es «la que me sirve de norma en mis relaciones docentes.» Pero si el señor Arés hubiera apreciado el valor de la palabra *tolerancia*, cierto no la hubiera usado, por dos razones: la primera, porque la tolerancia es siempre del error ó de la malicia, nunca de la

verdad ni de la justicia: así que, reclamar que se tolere su «pensar,» es como dar á entender que algo hay en su «sentido doctrinal,» que necesita, no precisamente de indulgencia, sino de tolerancia, ó digamos de paciencia, para sufrir errores escandalosos; y la segunda, porque si á alguno se le pudiera sufrir que desbarrase deplorablemente en materias de altísima trascendencia religiosa y social, ese nadie imaginaría siquiera que fuese el catedrático de Metafísica de una Universidad que aún no se ha divorciado enteramente de su antigua fé y de sus glorias antiguas, y mucho menos después que el Gobierno obliga á los que quieran ser doctores en derechos, á que oigan la Metafísica de labios del Sr. Arés ó de otro profesor oficial, que si fuera el de Salamanca, medrados estaban, por más que éste proteste servirse como norma en sus relaciones docentes de la tolerancia que reclama para su pensar, como si la palabra del profesor careciese de virtud para conmover el entendimiento del discípulo, mucho menos hablando *ex-cathedra* en un acto de la Universidad y á *presencia del Rector*, de quien dice que recibió en aquella escuela su *educación profesional*.

En cambio, es cosa patente, que el mismo Rector faltó á su deber autorizando el discurso de su antiguo alumno y actual subordinado, y sufriendo impasible su lectura, y poniendo al final el *imprimase* con que su autoridad lo acreditara de algún modo, si el mismo discurso consintiera en ello, que no lo consiente, antes es uno de los monumentos en que el delirio de la razón, la extravagancia del lenguaje, la malignidad de las ideas, y la oscuridad inextricable de los conceptos, andan en competencia entre sí sobre por cual de estos defectos debe ser reprobado ese discurso, y su autor condenado á perpétuo silencio, en la cátedra por lo ménos. Veamos ahora de dar á nuestros lectores alguna idea de este aborto peregrino.

Entre los discípulos de Krause-Sanz del Río, se ha puesto de moda defender su propia ciencia de los asaltos del positivismo contemporáneo contra la Metafísica en general. Dicen Compte y los suyos, que el hombre sólo puede conocer los hechos que caen bajo la jurisdicción de los sentidos, ó lo que es lo mismo, que lo absoluto y lo necesario, las esencias de las cosas, y los principios y causas

supremas del universo visible, se sustraen de todo punto á sus miradas, si no es que toda la realidad inteligible no es pura ilusión ó ficción de nuestra mente. Si esto fuera cierto, la Metafísica, cuyo objeto es puramente inteligible, donde no penetra el sentido, vendría á desvanecerse como se desvanecen las figuras trazadas allí donde se hiciese el vacío. Razón tienen pues los discípulos de Krause para combatir al positivismo, que es en efecto enemigo mortal de la filosofía propiamente dicha. ¿Pero de qué manera le combaten? Mentira parece, pero es cosa muy cierta que le combaten dándole la razón. ¡Infeliz Metafísica si no tuviera otros representantes ni defensores que el Sr. Arés y sus amigos! Porque prescindiendo de la concesión que éste hace á los positivistas cuando dice, que «el principio de la evolución progresiva en que el positivismo se funda siendo *legítimo...*»¹ y de lo que después añade, que el «dejar los positivistas á la realidad esencial que se oculta bajo los fenómenos como objeto de los impulsos del sentimiento ó como asunto de inspiración

¹ Pág. 24.

para la imaginación poética y de credibilidad para la fé religiosa, nada dice contra la Metafísica¹; y ateniéndonos sólo á la trama del tal discurso académico, bien se puede decir, que todo él tiende á destruir las verdades fundamentales de dicha ciencia, y á dar por consiguiente la razón á los que descaradamente las niegan.

Todo el punto de la cuestión entre positivistas y krausistas está, en que los primeros reducen la materia del humano conocimiento á lo que *parece* á los sentidos, al simple fenómeno externo, objeto de la experiencia, al paso que los segundos dicen, que «tras el fenómeno transitorio se oculta una esencialidad permanente, ó más bien, el fenómeno pasajero es reflejo cambiante de una esencia inmutable é idéntica, no velada de todo punto á la inteligencia del hombre: la Razón es la antorcha con que podemos percibirla.» Ahora, ¿en qué consiste esta esencialidad, desconocida de los positivistas, y conocida de los krausistas? Oigamos al profesor de Salamanca²:

¹ Pág. 25.

² Pág. 18.

«Podrá, nos dice el Sr. Arés, disputar la Metafísica si este fondo esencial y oculto es *substancia innominada* como lo pretende el monismo; *espíritu ó materia... pensamiento y extensión* con Descartes, *mónada activa* con Leibnitz, *Yo personal* con Fichte, *Yo absoluto* con Schelling, *Ser* con Krause, *Idea* con Hegel, *Voluntad* con Schopenhauer, ó unión de ambas cosas con Hartmánn, *pero negar que tal fondo exista* porque no lo perciban los sentidos... *equivaldría á proclamar el fenómeno como signo de la nada.....* ^{1.}» Por donde se ve, que para el señor Arés, lo que á la Metafísica importa, es reivindicar el conocimiento que le niegan los positivistas de un *quid ignotum*, oculto bajo los fenómenos sensibles, que así puede ser *materia* como *espíritu*, *idea* ó *voluntad*, *sér* ó *yo personal* ó *absoluto*. Mas ¿de dónde saca el profesor salmaticense la certeza que tiene de esa quisicosa?

Para responder á esta pregunta hay que fijarse en su teoría del conocimiento. «Colocándonos, por lo tanto, en la unidad de su concepto, como punto de partida para carac-

¹ Pág. 18.

terizar el conocimiento de sus direcciones y modos, hallamos que es el conocer, en su noción *unitaria y sobre toda distinción entre sugeto y objeto*, el *sér mismo* de las cosas en cuanto se dan unas con otras á relación de distinción en presencia, conservando cada una la substantividad que le es propia ^{1.}» Dificilmente comprenderá el lector esto de *darse unas cosas con otras á relación de distinción en presencia*, mucho menos después de haber hablado el señor Arés de la noción unitaria del conocer sobre toda distinción entre sugeto y objeto: á nuestros ojos, si estas palabras tienen algún sentido, no significan otra cosa sino que el sugeto y el objeto del conocimiento son *unum et idem*, ó lo que es lo mismo, que cuando conocemos lo que está oculto bajo el fenómeno, la cosa conocida soy yo mismo que me pongo á relación de distinción en presencia, ó que me distingo aparentemente de mí mismo presentándome á mis propios ojos bajo la forma de cosa conocida.

Sentado este principio, dícenos el catedrático de Salamanca, que «lo cognoscible todo,

¹ Pág. 30.

y sin que empezca para ello la cualidad de finito ó infinito, se da necesariamente á relación de presencia ante el sugeto que conoce ¹, y que «es obligado, por lo tanto, para todo sér que conoce el hallarse constantemente en conocimiento efectivo ².» Cuya algarabía se explica del siguiente modo. El sugeto que conoce y la cosa conocida son lo mismo: es así que la cosa cuya inteligencia vindica el krausismo contra el positivismo, es la x antes mencionada, ó sea lo absoluto del panteismo germánico: luego el sugeto que conoce, conoce siempre *todo lo cognoscible*, sin distinción de finito ni infinito, y lo conoce *siempre*, aunque distraído no lo advierta; y lo conoce *necesariamente*, porque ¿cómo no ha de ser lo absoluto conocido de sí mismo en el sugeto donde *se da necesariamente á relación de presencia*? Lo cual es en plata decir el krausista al positivista: «¿Cómo eres osado á negar la existencia de lo absoluto delante de mí que lo estoy contemplando como á la cosa que se me da *toda, siempre y necesariamente á relación de presencia*? ¿ignoras por ventura que lo absoluto soy yo?» Prosigamos.

1 Págs. 30 y 31.

2 Pág. 31.

El Sr. Arés establece ó reconoce bajo la *unidad del saber* dos géneros opuestos, la *filosofía* y la *ciencia*. «La filosofía, añade, se sirve de la razón como *fuerza*, conoce lo esencial en las cosas, y formula sus resultados en una construcción de ideas que escapan á toda representación sensible. Su reino es el de lo *inmutable y eterno*; y el de los *noumenos* intangibles.—La ciencia busca su fuerza en el sentido, sea éste interno ó externo: conoce sólo las apariencias fenoménicas y coordina su conjunto en una construcción de hechos que son la manifestación de las ideas. Es el reino de lo *movible y cambiante*: el campo del *suceder continuo* ¹.» Dificilmente se puede dar una idea más pobre y falsa de la ciencia, ni que mejor diga y conforme con las pretensiones del positivismo. Y á la verdad, ¿qué otra cosa hacen estos sino atenerse á la mera experiencia y observación de los hechos, descuidando de las causas y leyes, sin advertir que los simples hechos no bastan para constituir la ciencia, cuyo objeto es siempre universal, necesario, inmutable? Una ciencia que sólo aten-

1 Pág. 35.

diera á los cambios sucesivos que se verifican á nuestra vista sin buscar la norma constante á que obedecen, y las razones que explican su misma variedad, no merecería el nombre de *ciencia*, ni sus resultados podrían ordenarse en forma de teoría ni sistema, pues lo que muda, hoy es y mañana no parece, por lo cual no puede fijarse ni formularse en tésis ninguna científica. Ya lo dijo Platón contra los sofistas que reducían las verdades científicas á la expresión del flujo y reflujo de las modificaciones y cambios accidentales é individuales que acaecen en la naturaleza: *fluxorum non est scientia*, de lo que pasa y muda á cada instante, como las ondas que se levantan y abaten en el mar, de eso no se da ciencia, aunque de ahí empieza la experiencia, que provee de datos á la razón para que esta potencia intelectual, haciendo aplicación de conceptos superiores, se eleve al conocimiento de lo universal y necesario, de lo que siempre acontece de un modo uniforme siguiendo las leyes establecidas por el mismo Dios.

Tenemos pues, que la ciencia, según el doctor Arés, es el mismo positivismo, mera colección de hechos, fenómenos ó apariencias,

simple conocimiento de lo *movible* y *cambiante*, del *sucedet continuo*, es decir, pura ilusión y fantasmagoría. Y la *Metafísica*, ¿qué es? Hános dicho el profesor krausista, que «la filosofía se sirve de la razón como *fuentes*» pero ¿qué fuente ó razón es esta? «La razón (son sus palabras), es una y la misma *antes de toda distinción en infinita y finita, en absoluta y relativa*, y en esta *fundamental unidad* encuentran su garantía y hallan su legitimidad las *determinaciones finitas* en que se *manifiesta aquella* 1.» Antes nos habló el mismo profesor de la noción *unitaria* del conocer *sobre toda distinción entre el sugeto y objeto*: con que ahora, pues el conocer es *unitario*, la razón debe ser también *unitaria*, y excluir *toda distinción* en finita é infinita, absoluta y relativa, no pudiendo ser sino razón indeterminada y genérica, que en el punto que se concreta y determina en el acto de conocer, se torna finita, y se distingue de sí misma en cuanto no se hace efectiva ó real con actos ó determinaciones finitas. Más claro: la razón que considera el Sr. Arés antes de toda distinción en infinita y finita, absoluta y rela-

1 Pág. 40.

tiva, es una razón fabricada por su mente, razón nebulosa, vaporosa, tenebrosa, ó mejor dicho, es el no ser de la razón. Esta potencia espiritual, así como todas las perfecciones puras, ó es infinita ó finita, ó absoluta ó relativa, ó increada ó creada: no hay ni puede haber medio, y por consiguiente el concepto de una razón que ni tenga límites, ni deje de tenerlos, ni sea dependiente ni absoluta, ni eterna ni producida en el tiempo, es verdadero delirio de una filosofía calenturienta. Eso no es fuente de filosofía, sino filosofismo nihilista, que empieza por cegar la fuente de toda luz y de toda verdad, no considerando á la razón humana como luz participada de la divina, sino como manifestación de no sé qué razón abstracta é impersonal, ni divina ni humana, que ni existe ni puede existir siquiera. ¡Oh! si nuestra inteligencia no tuviera otra prueba y garantía de la verdad de sus juicios, que la supuesta *unidad fundamental* de la razón que se manifestara en ellos, bien debiera empezar dudando de todo, hasta de sí misma. Reflexionando sobre la tésis del Sr. Arés, á saber, que la razón es la fuente de la filosofía—de donde infiere que todo sistema metafísico habrá de

ser *racionalista*,—no será difícil entender que de la razón y sólo de ella ha de salir aquí toda la ciencia y toda la verdad. En esto consiste precisamente el racionalismo, en construir la ciencia por sí y ante sí, haciendo del pensamiento humano, de la *idea*, el principio único y absoluto no sólo de conocimiento, sino de realidad. No significan otra cosa las siguientes palabras de nuestro texto vivo: «...la indicación hecha por Hegel de que la filosofía no puede *presuponer* su objeto,» es igualmente verdadera, si no ha de darse por resuelta, antes de hallarse planteada, la misma cuestión que ha de discutir la *Metafísica*.» Antiguamente los sabios y doctores más ilustres enseñaban que ninguna ciencia prueba la existencia del objeto sobre que versa, antes á toda ciencia le es dado su respectivo objeto, al cual va refiriendo y aplicando todas las razones que descubre en él por medio del análisis, ó del raciocinio deductivo. Háse la inteligencia científica con el sugeto de cada ciencia, como el químico que examina algún mineral para saber si es oro ó no lo es, que ni siquiera le ocurre dudar de la realidad de lo que tiene delante, y si tal cosa le ocurriera, no dando

crédito á sus ojos, señal cierta sería que estaba loco, y como loco no podría hacer la prueba ó examen del mineral. Así el filósofo parte de principios simplicísimos, indefinibles é indemostrables, principios que no puede poner en cuestión sin que se le evapore entre las manos la realidad de lo que debe contemplar, y se quede sólo y á oscuras, sino es que le acompaña é ilustra su propio y vano pensamiento subjetivo—aunque á decir verdad tan inconcebible es pensar sin cosa pensada preexistente, como ver sin que primero haya luz y cuerpos iluminados por ella.

Véase cómo plantea nuestro filósofo la cuestión relativa al objeto del *saber*, bajo cuyo nombre comprende el conocimiento de lo *inmutable y eterno* (Filosofía), y el de lo *movible y cambiante* (Ciencia). «Ahora bien, si adoptamos el nombre *sér* para designar con él á lo cognoscible todo en la plenitud indistinta de su contenido real, es el *sér* el *objeto* del *saber*, especificándose éste luego, por razón de los aspectos que presenta cada elemento de los que á la relación concurren. Surgen así en la unidad del saber las determinaciones lógicas que antes hemos re-

conocido, y cada una de las cuales resuelve el problema total bajo su aspecto peculiar; pero ninguna, sin embargo, parte ni divide el objeto en su contenido ontológico, dejándole íntegro y completo á la consideración de las otras. Así, la Filosofía y la Ciencia, igual que su composición en la Filosofía científica, tienen todas como objeto el *sér unitario y total en la inteligencia de su contenido real*, y la distinción que entre ellas media no proviene de que se adjudique cada una el conocimiento particular de un objeto determinado de los que en la realidad puedan darse, sino del aspecto cognoscible y del medio cognoscente que para considerarla empleen ¹.» Quiere decir el filósofo salmanticense, que así la ciencia como la filosofía, consideran el *sér* que fingen todos los panteistas (el *sér uno y todo* de Sanz del Río); pero la primera lo mira por el aspecto *mudable y cambiante*, y la segunda en lo que tiene de *esencial é inmutable*. Porque es de advertir, que para los modernos sofistas, lo absoluto, objeto de la razón, se está haciendo y desenvolviendo por medio de fenómenos y

¹ Pág. 44.

determinaciones que manifiestan su esencia, siendo esta la contradicción radical de su sistema, á saber, que el reino de lo *inmutable y eterno* sea al mismo tiempo el de lo *movible y cambiante*. Claro es que de estos dos aspectos del *sér unitario*, á la Metafísica ha de tocarle la contemplación del primero, tomando posesión de él por medio de la razón, y dejando á la ciencia las *apariencias fenoménicas* percibidas por los sentidos. He aquí ahora, dada esta división de reinos cognoscibles, en ninguno de los cuales penetra la luz de la ciencia, ni de la sabiduría, ni siquiera del sentido común, la definición de la *Metafísica*: «*El conocimiento por razón y debidamente organizado de la realidad unitaria, y el conocimiento en ella de las entidades substanciales, propiedades substantivas y relaciones capitales en que primeramente se determina* 1.»

Algunos renglones antes nos ha dicho el discípulo de Sanz del Río, que «la Metafísica, asimismo, como Filosofía en unidad, tiene también por objeto el *Sér de toda realidad* para conocerle en razón, pero con el inmediato

1 Pág. 45.

fin de *determinarle y distinguírle en entidad y seídad* y en relación entre ambas para procurar objeto luego á todo saber ulterior dentro de la Filosofía. Es, por tanto, la Metafísica la filosofía del *sér*, ó de la *realidad total en su consideración indistinta* 1.» En estos dos lugares es donde más se clarea el catedrático de Salamanca: no deja en ellos dudar qué Metafísica sea la suya, ni de qué presume esta vana é hinchada Metafísica. Esta es la ciencia que lo sabe todo, *el sér de toda realidad ó de la realidad total*, en la cual ve las *substancias, propiedades y relaciones capitales* de todas las cosas, la que suministra á las otras ciencias sus objetos, reconocidos que son en el *sér-todo* que llama el Sr. Arés *unidad fundamental, ó realidad total en su consideración indistinta*, y que otros llaman lo *absoluto*, y otros el *yo*, los hegelianos la *idea*, pero que en realidad es igual á cero; menos todavía que cero, porque al fin el no *sér* no es el absurdo, y la unidad indistinta en que se contiene lo infinito y lo finito, lo inmutable y lo mutable, el espíritu y la materia, el noumeno y el fenómeno, es ab-

1 Pág. 44.